



LOS PIRATAS DEL AIRE

Sigue de la página 18

Es una lata estar volando dos o tres horas sin rumbo. Cuando consideré que era tiempo que Blanquito se acercara al lugar de la cita, descendí hasta volar muy bajo y estar alerta a las señales que tenía que hacerme desde la carretera.

Ví dos autos estacionados cerca del lugar, y poco después vi las señales. Eran ellos.

Describí un círculo y aterrillé en el campo desierto a una distancia cono de trescientos metros de donde ellos estaban. Conservé mi máquina en movimiento hasta que ví a Blanquito que caminaba hacia el lugar donde estaba el avión: ¡venía solo!

Nos estrechamos las manos, y lo más brevemente que pude le expliqué la situación. "¡Diables! Mac se pondrá muy enojado si dejamos que se nos vaya esta carga de las manos, es el producto de un "trabajo grande, del Banco de Chicago". — Me dijo — todos los periódicos se ocupan de él; tienen ya el número de tu avión y han ordenado se te persiga sin descanso. Esta vez hay que aguzar el ingenio".

"Blanquito, todo lo que transporté es tuyo. Me voy a la ciudad sin llamarla atención y tú recogerás mi dinero de los Bancos; tú puedes ayudarme. Dame veinticinco billetes grandes (billetes de mil dólares) y te entrego todo".

"¡Por el amor de Dios, no digas eso! — me dijo, "Mac podría hacerme desaparecer violentamente. Yo podría tomarlo, pero tendría que esperar por lo menos dos años hasta que el asunto se olvidara.

Dicen que son dos millones en valores negociables y en efectivo. ¡Qué golpe!"

Transportamos los velices a uno de los autos de Blanquito. Rocé muy bien mi Lockheed con gasolina y le acerqué un cerillo y corrí para alejarme del incendio.

Regresamos a Los Angeles por los caminos más aparta los que encontramos. Llevé un susto terrible cuando nos alcanzó un motociclista y le levantó a Blanquito una infracción por exceso de velocidad. Afortunadamente no me reconoció.

Por la noche ya en la ciudad, tuve que ocultarme en el departamento de Blanquito, pero tan pronto como los Bancos abrieron sus puertas a la mañana siguiente, nos lanzamos a la calle, usando anteojos oscuros a recoger mi dinero. Entonces me felicité de haber hecho los depósitos bajo distintos nombres, pues mi nombre figuraba en todos los periódicos en primera plana y a ocho columnas.

Blanquito me entregó veinticinco grandes en efectivo y me propuse usarlos para irme a China. Después, reuní mi dinero y me dispuse a partir.

De esta manera fué como me encontré con usted, Simpson, en el aeropuerto; por eso, le pedí que me transportara a este puerto.

Comentario final de Simpson

Esta es la verdadera historia que Bill Ellis me relató. Lo dejé que se marchara a China como le había prometido y redacté mi informe a Washington, pero en lugar de que me hubieran

poros y sube hacia el cielo en espirales de humo de su aromático tabaco.

Su discurso fué espiritual y hermoso, aunque no particularmente rojo — todo lo más, rosado. Pero cuando se apagaron las últimas ondas de su elo cuencia optimista, la banda municipal prorrumpió en una interpretación no menos espiritosa de "La Internacional", acompañada por las voces juveniles de la Coral Socialista de Madrid. El himno oficial del socialismo fué seguido de otras cuantas canciones más o menos rojas.

Eso en España.

x

x x

Mientras tanto, un Gobierno izquierdista está tratando de juntar orden en Francia. Durante muchos años hemos considerado al francés como una raza de burgeses, pequeños terratenientes, gentes caprichosas, en cuyo suelo no arraigaran nunca los principios del Marx. En un libro brillante, *Tableau des Partis en France*, André Siegfried ha analizado la psicología política de sus compatriotas, encontrando que su esencia está encerrada en este dicho maravilloso: "El francés tiene su corazón a la izquierda y su cíteria a la derecha".

ascendido, me cesaron porque dejé escapar a Ellis.

De acuerdo con mi modo de pensar, merecía que se le dejara en libertad por la valiosa información que nos proporcionó, pero mis superiores pensaron de manera diferente. Por esta razón, nunca di el informe completo a este respecto: Me sentí indignado, y esta es la primera vez que hago el relato completo.

FIN.



Largo Caballero, el Líder de la izquierda socialista española, recibe en plena calle el alarido de una correligionaria.



Manifestación obrera en Marsella.